

Navarra 1937-1939: el fiasco de la Unificación

MANUEL MARTORELL

Con la ocupación de Barcelona el 26 de enero de 1939, Cataluña pasaba a formar parte de la España regida por los principios de FET y de las JONS (Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas), partido que, al menos teóricamente, fusionaba las dos principales fuerzas del “bando nacional”: la Falange y el carlismo. Significativamente, ese mismo 26 de enero de 1939, los capitanes del Requeté Luis Elizalde, José Lampreave, Honorato Lázaro, Antonio Sánchez y Carlos Ciganda juraban sobre el cuerpo sin vida de su correligionario Ángel Elizalde mantenerse fieles “a las auténticas jerarquías de la Gloriosa Comunión Tradicionalista”, constituyéndose en “Guardia Permanente de la Legitimidad” para defender “los principios fundamentales de nuestra Gloriosa Comunión en sus doctrinas, instituciones y personas”¹.

Aquel solemne juramento ante la tumba de quien fuera presidente de la Juventud Jaimista de Pamplona simbolizaba el rechazo a esa unificación, impuesta por decreto militar de 19 de abril de 1937, en los tercios de requetés, es decir, en las unidades de combate que integraban la práctica totalidad de los militantes legitimistas anteriores a la guerra civil. Como la inmensa mayoría de los combatientes carlistas, no solamente renegaban de la unificación sino que reafirmaban los principios que siempre habían defendido y se ponían a las órdenes del príncipe regente, Javier de Borbón Parma, y de su delegado nacional, Manuel Fal Conde. Una actitud que también habían asumido de forma mayoritaria otros dos importantes sectores del carlismo: la organización Frentes y Hospitales y la Agrupación Escolar Tradicionalista (AET), que aglutinaban, respectivamente, a las mujeres –Margaritas– y a los jóvenes.

¹ BORBÓN PARMA, María Teresa; CLEMENTE, Josep Carles y CUBERO SÁNCHEZ, Joaquín, *Don Javier, una vida al servicio de la libertad*, Barcelona, Plaza y Janés, 1997, pp. 385-387. También se refiere a este juramento Aurora VILLANUEVA, en *El carlismo navarro durante el primer franquismo*, Madrid, Actas, 1998, p. 125.

En todas las zonas donde la Junta Nacional Carlista de Guerra, fiel a Javier de Borbón Parma y a Fal Conde, tenía cierta fuerza (Guipúzcoa, Vizcaya, Cataluña, Andalucía y La Rioja) hubo muestras de rechazo a la unificación. En Navarra, que era el territorio mejor controlado por la autodenominada Junta Central Carlista de Guerra, enfrentada a la Junta Nacional de Fal Conde y partidaria de la unificación, bastaron unos meses para comprobar la inviabilidad del decreto militar. En julio de ese mismo año, siguiendo instrucciones de Fal Conde, comenzaría la reorganización del carlismo navarro para apartar de su dirección a los “unificados”, objetivo que Fal Conde conseguiría cuando los militantes carlistas regresaron a sus casas al final del conflicto. El que la Junta navarra aceptara, al menos inicialmente, el proyecto político de Franco no quiere decir que en el territorio foral se produjera tal convergencia con la Falange. Como muestran los documentos, denuncias de las juntas locales carlistas, informes policiales y testimonios de sus protagonistas, no cesaron los enfrentamientos entre estas dos fuerzas con un grado de violencia que difícilmente se podía olvidar a golpe de decreto.

Buena parte de las denuncias que recibe la Junta antes de la unificación procedentes de sus agrupaciones locales denotan una creciente preocupación en la base social del carlismo por la progresiva irrupción de la Falange en zonas donde la presencia política de este grupo fascista era nula antes de 1936. Estas comunicaciones llevan implícita otra amarga queja: para extender su poder, la Falange aprovechaba la ausencia de los militantes carlistas, con el agravante de que solían ofrecer a quien se afiliara un tranquilo puesto en retaguardia. En una de las denuncias se dice textualmente que los falangistas alardean de “tener en sus manos la autoridad sin haber ido al frente” y de que quienes entren en Falange Española “no irán a unidades de combate como van los requetés sino a grupos de retaguardia, encargados de la custodia de los pueblos liberados”. Las denuncias hacen referencia a otras tácticas con el mismo objetivo; por ejemplo, asegurando en su propaganda que los falangistas no son reclutados para ir a la guerra o permitiendo, con la misma finalidad, que jóvenes labradores puedan permanecer en la retaguardia afiliándose al Sindicato Español Universitario (SEU), pese a no tener ningún tipo de estudios².

Este mensaje hace mella de forma especial en simpatizantes o votantes del Frente Popular, fundamentalmente en la zona de la Ribera, donde muchas personas utilizaron la camisa azul como “salvavidas” y donde la Falange llegó a presentarse como el partido de los obreros. Un cartel convocando a un acto político dice textualmente: “Obreros: La Falange habla por ti. No importa la ideología que hayas tenido. Acude al mitin de los camisas azules, en el que tomarán parte los camaradas José Lecuona y Pascual Martín ¡Arriba España!”. En Arguedas se quejan de que los falangistas predisponen contra el carlismo a los detenidos del pueblo, diciéndoles que sólo se librarán de la muerte si se afilian a la Falange porque eso es “condición indispensable para poder vivir dentro del orden legal existente” y que el carlismo defendía a los ricos, mientras ellos representaban “las justas reivindicaciones de los obreros”.

² Archivo Real y General de Navarra (ARGN), Informes sobre incidentes con Falange, Fondo Junta Central Carlista de Guerra (JCCG), cajas 51178 y 51181.

Además, responsabilizan al Requeté de las detenciones, cuando, según denuncia el jefe carlista local, Bartolomé Martínez, eran obra exclusiva de la Guardia Civil. De la misma forma, los carlistas aprovechan esta denuncia para recordar que los falangistas estaban imponiendo multas a los simpatizantes del Frente Popular “tanto en trigo como en metálico”, amenazándoles de muerte si se quejaban por tales abusos.

En este pueblo ribereño se produce un violento incidente cuando José María Pérez Sanz, del Tercio de Requetés María de las Nieves, exige que se le borre de Falange, partido al que le habían afiliado sin su consentimiento. Según el denunciante, una vez en el local de FE, el jefe falangista, además de insultarle, le puso la pistola en el pecho diciéndole que “le iba a pegar tres tiros”. Igualmente es encañonada en esa sede y por motivos semejantes María del Carmen Castilla Delgado, de 18 años, a quien se insta a tomar la correspondiente ración de ricino por pasarse a la Comunión Tradicionalista, sufriendo por ello una crisis nerviosa que le obligó a permanecer varios días en cama. El aceite de ricino sale a colación de nuevo en Valtierra, donde en octubre de 1936 se obliga a beberlo a cuatro vecinos –Fermín Mateo Jaso, Constancio Samanes Garde, José María García Rodrigo e Ignacio Castillejo Garcés– que, en un acto de “heroísmo en aquellos tiempos de terror”, según dice textualmente la protesta de los boina rojas, se dieron de baja en el partido fascista para incorporarse al Requeté. Este castigo al “estilo falangista” es igualmente utilizado como amenaza en Cortes para impedir que varias personas dejen la Falange para afiliarse a la Comunión Tradicionalista, mientras que en Villafranca, por idénticas razones, Dolores Azcona teme que va a sufrir “gravísimos castigos”³.

A Secundino Redín, hasta el golpe militar afiliado a la UGT, le recomiendan que se inscriba en la Central Obrera Nacional Sindicalista (CONS), advirtiéndole que tenía que decidirse pronto porque España iba a ser “un Estado Fascista” y habían pedido a Franco que suprimiera los sindicatos profesionales, de inspiración carlista y por los que sentía predilección este militante ugetista. Ante su negativa, los falangistas, haciendo ostentación de sus armas, le dicen que mire “por su mujer y sus hijos”, que “se deje de tonterías” porque en caso de no darse de alta en la CONS “le quitarían de en medio”. Según le explican, en Falange “no se consideraba delito haber pertenecido a las organizaciones obreras” y bajo su amparo no le pasaría “absolutamente nada”. “España ha de ser un Estado fascista –le insisten– porque los carlistas tienen que desaparecer”⁴. En Lodosa, el alcalde, Luis Zufía Migueloa, antiguo miembro de la Unión Patriótica, y el empresario Simón Rojas San Segundo, propietario de una fábrica de zapatillas, no solamente son acusados por inducir a los obreros a afiliarse al sindicato fascista, sino que se niegan a dar trabajo a los carlistas. En Cintruénigo, los falangistas son denunciados porque van diciendo por los pueblos que ya no hay ni izquierdas ni derechas; la disyuntiva es: con la Falange o contra ella.

Uno de los incidentes más agrios entre las dos organizaciones tiene lugar en Aibar. Aquí, según denuncian los carlistas, van a tener que pedir que “ven-

³ Estas y otras denuncias, además de un informe específico sobre incidentes con Falange, figuran en los archivos de la citada junta. ARGN, JCCG, caja 51181.

⁴ ARGN, JCCG, caja 51179.

gan nuestros hijos que luchan en todos los frentes para defendernos de los rojos en nuestra propia casa”. La denuncia se refiere a que conocidos simpatizantes de izquierda habían aceptado afiliarse a Falange y ahora eran los dueños del pueblo. Incluso se produce la detención de la hija del jefe local del Requeté, quien, a punta de fusil, es llevada al cuartel de FE por haber dicho que el pueblo no necesitaba a la Falange. Según la denuncia, el cabecilla de Falange, Aguado, acusaba a los carlistas de crear un clima violento en la población, cuando ocurría “todo lo contrario” y eran los falangistas quienes amenazaban la tranquilidad que todos los vecinos deseaban, incluidos los “de izquierdas”, según destacan los denunciantes; y para comprobar cómo habían actuado “unos y otros”, especifican los carlistas, no hacía falta “más que darse una vuelta por la Ribera”⁵.

En Aoiz, la táctica de prometer la seguridad en la retaguardia a cambio de un carnet está en el trasfondo del cruce de denuncias y contradenuncias entre el jefe carlista local, Bellber, y el médico desplazado a esta localidad, Jesús García Rego, originario de Valtierra, quien, pese a estar encuadrado en el Requeté, favorece a la Falange, entre otras razones porque su hijo Fernando es el responsable de esta organización en la localidad. Según la denuncia de Bellber, cuatro antiguos izquierdistas afiliados al Requeté se habían pasado a la Falange para prestar servicios en destacamentos de la frontera y en la fábrica El Irati. Por el contrario, ese médico se negaba a dar el certificado médico a otros dos izquierdistas –Silvano Carlos Beroiz y Candelario Zalba– que permanecen en el Requeté y que, por ello, deben volver al frente pese a estar enfermos. Como ya había ocurrido en otras localidades, el jefe carlista local tiene que salir al paso de la campaña de este médico, según el cual los carlistas quieren matar a todos los partidarios del Frente Popular⁶. Bellber señala que “no puede consentir” esa campaña porque tal afirmación es falsa. “Carlista soy y por tal me tengo –enfatisa el jefe tradicionalista–, pero yo nunca he querido matar a nadie, ni de este ni de otro pueblo; lo que he querido siempre y querré mientras viva es que los enemigos de la Religión y de España sean juzgados por las leyes que nos rigen y el triunfo completo sobre las hordas que pretendían arruinar y desmembrar la nación”⁷.

La expansión que llegó a tener la Falange por algunas comarcas de Navarra se vio favorecida, como se desprende de otras denuncias, por la actitud partidista de mandos del Ejército o de la Guardia Civil, que no disimulaban sus simpatías hacia esa organización en detrimento de sus contrincantes. La Junta Carlista de Navarra presenta ante la autoridad militar una queja formal en noviembre de 1936 porque la Guardia Civil obstaculiza las labores de propaganda del Requeté. Un mes más tarde, señalan al comandante de la Guardia Civil de la zona de Cortes, José García Ferrández, como responsable de esta política. A lo largo de la franja pirenaica es el capitán de caballería Luis Ochotorena quien mantiene esta actitud discriminatoria, mostrando continuos gestos de desprecio hacia los requetés. Así lo ha podido comprobar el alférez Rafael Pellón Mediavilla, un ingeniero químico procedente de Barcelo-

⁵ ARGN, *JCCG*, caja 51181.

⁶ En una de las denuncias, García Rego se contradice a sí mismo al denunciar que el Círculo Carlista de Aoiz está sirviendo de refugio para “destacadísimas personalidades socialistas y nacionalistas”.

⁷ ARGN, *JCCG*, cajas 51181, 51186.

na que acompañó al citado mando en una inspección por los destacamentos de Garralda, Arive, Garayoa y Abaurrea Alta.

Este capitán de caballería exige, haciendo valer su rango superior, al oficial de requetés Lipúzcoa que acuda a la inauguración del nuevo local de Falange, cosa que Lipúzcoa no acepta argumentando que si jerárquicamente es su superior no lo era políticamente. A partir de ese momento, Ochotorena niega al oficial carlista permiso para salir de Burguete, obligándole a presentarle novedades diariamente aunque no hubiera nada de qué informar. En octubre de 1936, son los requetés destacados en Valcarlos quienes se quejan del acoso por parte de los carabineros y los policías de la aduana, destacando, como botón de muestra, que dos requetés catalanes fueran increpados con un “hablad alto y en español” al ser sorprendidos usando su lengua materna. También se aprovecha la denuncia para comentar los impedimentos que se ponen para que los feligreses puedan cumplir sus deberes religiosos y otros abusos de poder, como multas injustificadas a los vecinos por pastar con el ganado cerca de la línea divisoria con Francia⁸.

En Elizondo es el teniente de Falange Márquez quien se dedica a perseguir a los carlistas. Román Laceyqueta, padre de un requeté que se encuentra combatiendo en el frente de Vizcaya, es objeto de insultos y amenazas por no querer apoyar los Comedores de Falange. También este teniente es acusado de detener a la “señorita Turón” por haberse quejado de la forma de actuar de los falangistas, mientras que a Jesusa Itúrbide, afiliada a las Margaritas, le arrancan la insignia carlista para después escupir sobre ella diciendo que “aquello era una porquería”, y a Mariano López Echenique, secretario del ayuntamiento de Bertizarana y vecino de Narvarte, le amenazan y le reclaman repetidamente dinero por la única razón de haberse afiliado al Requeté⁹. La Junta Carlista vuelve a elevar el mes de enero de 1937 una denuncia contra un coronel de la Guardia Civil –Santiago Becerra Abadía– por favorecer al partido fascista ya que permite que “los cabos y comandantes de algunas localidades de Navarra actúen en plan netamente falangista, ocasionando las consiguientes disensiones entre los partidarios de una u otra organización”. La misma acusación va dirigida hacia el comandante de la Guardia Civil de Eugui, Julián Encabo Ferrero, quien llegó a retirar las armas de los requetés, además de amenazar al alcalde de Zubiri, Leonardo González, simpatizante carlista, con destituirle del cargo y obligarle a abandonar la localidad¹⁰.

Sobre esta actitud despreciativa de algunos mandos militares hacia los combatientes carlistas es muy reveladora una carta que envía desde Torremocha del Campo un requeté que, con otros correligionarios, está destinado en una compañía del ejército regular. Encabezada con un “querida madre y hermanos”, la misiva evidencia, debido a la gran cantidad de faltas ortográficas, la escritura de un joven que, como era general en esa época, tras aprender a leer y escribir, dejaba la escuela para ayudar a sus padres, en este caso como pescatero en La Moderna Pamplonesa, ubicada en la calle Calderería. Pese a ello, la carta tiene un gran valor porque refleja las profundas convicciones re-

⁸ ARGN, JCCG, caja 51181.

⁹ ARGN, JCCG, cajas 51181, 51186, 51189.

¹⁰ ARGN, JCCG, caja 51189.

ligiosas de estos requetés que, en muchas ocasiones, tenían que aguantar, en un ambiente hostil, la humillación y el desprecio.

Tras pedir que no le manden más longanizas porque así no comen el rancho de los demás y “nos bamos hacer mucho biciosos”, cuenta que todavía no tienen capellán porque “los oficiales no nos podían ni estomagar a los requetés”. “El otro día –añade– nos trajeron para hacernos mas burla una mujer desas de la vida para la Compañía y le pusieron la boina de Requete y nosotros que nos acian esa desonra nos ibamos a marchar todos los Requetes pero lo pensemos mejor y marchemos y se la quitemos la boina y la despachemos y les dijemos que no queriamos esas mujeres que queriamos que nos trairian un Capellan, pero no nos conformemos con heso dimos parte de lo que nos a bian hecho y no sabe lo que se armo, le pusimos Pleito al Capitan a hora nos an trasladado a otra compañía en la cual estamos muy contentos en esta ya llevamos capellan y los oficiales son mucho buenos. El otro dia confesemos y comulgemos y oyemos misa casi todos los dias. Por aquí bien asta la fecha, a Dios”. Firma: “Jose”¹¹.

Las demostraciones de fuerza de la Falange se realizan en lugares de tradición carlista, como el citado caso de Aibar, Lumbier, Obanos o San Martín de Unx, algo totalmente impensable antes de 1936. En Lumbier, según se desprende de la correspondiente denuncia, se está a un paso del choque armado al ser prácticamente ocupado este pueblo por una fuerza paramilitar compuesta, fundamentalmente, por “falangistas forasteros”, lo cual creó una “situación delicadísima”. En Mues, tras una exhibición pública de Falange, los camisas azules, encabezados por Silvestre Álvarez, se dirigen a la casa del alcalde de Mendaza, Joaquín López, para echarle en cara que no había saludado a las banderas y para recordarle que allí no había más autoridad que la Falange. En Obanos, con motivo de la festividad de San Francisco Javier, el 3 de diciembre de 1936, los falangistas se dirigen a la casa de un jefe carlista local al grito de ¡Viva Gil Robles! En enero de 1937 el presidente del Círculo Carlista de San Martín de Unx, Elías Eloz, se queja por la actuación de los falangistas que recorren el pueblo en plan “policial”, uniformados y con porras, “reprendiendo a los muchachos y muchachas por cantar himnos y marchas carlistas”. Elías Eloz recuerda que en San Martín ya había habido “antes algunas disputas que pudieran dar lugar a acontecimientos de mayor gravedad”. Alejandro San Julián, que pertenecía a los Pelayos –la organización infantil del Requeté– fue testigo de un intento de asalto al Círculo Carlista de la Plaza del Castillo por falangistas de la Columna Sagardía. “Iban vestidos con buzos –especifica Alejandro San Julián–, destacando dos elementos que cogieron la boina a Elizalde y se la pisotearon”. “Entonces solamente había mutilados, heridos y críos porque toda la juventud estaba en el frente. Nosotros les decíamos ¿por qué no armáis este lío en el frente en vez de venir aquí?”, dice San Julián para explicar este atrevimiento¹².

Pablo Larraz Andía, entre los numerosos testimonios que recoge en su obra *Entre el frente y la retaguardia*, cita la indignación provocada cuando los falangistas empapan las calles de Pamplona con un cartel que decía: “Si tu

¹¹ ARGN, JCCG, caja 51186.

¹² Entrevista con Alejandro San Julián.

hijo no es flecha, ¿por qué presumes de patriota?”. Grupos de requetés convalécientes en el Hospital Alfonso Carlos, acompañados de enfermeras Margaritas de Frentes y Hospitales, se esforzaron en arrancarlos, teniendo que utilizar algunos sus muletas al no poder quitarlos con las manos, mientras decían que ellos no habían salido a combatir por eso. Silvia Baleztena, que entonces todavía era una niña, recuerda una escena delante de su casa, frente a la Diputación, en la que su padre, Ignacio Baleztena –“Premín de Iruña”–, intentaba separar a requetés y falangistas inmersos, a golpes, en una auténtica batalla campal¹³.

La animadversión entre las dos fuerzas sale a relucir por cualquier motivo. En septiembre de 1936, los falangistas de Allo y de Estella intentan impedir que un camión lleve a Pamplona lo recaudado por el Requeté con la excusa de que la Junta Carlista “no existe”. Ramón Sánchez, del “Partido Carlista”, dice en octubre de 1936 que los falangistas le han requisado el coche, obligándole también a pagar 9 pesetas diarias para el sueldo del chófer¹⁴. También en octubre, Wenceslao Alonso, de Lerín, niega representar conjuntamente a falangistas y requetés al realizar las colectas por los pueblos de la zona, admitiendo que cuando coinciden ambas fuerzas en un pueblo realizando la misma operación reparten “a mitades” lo recaudado. “No represento –aclara Wenceslao– ni representaré en mi vida a los falangistas; a los requetés, sí”¹⁵. Incluso salen a relucir las pistolas cuando en Tafalla varios requetés, entre ellos Luis Arbona, se enfrentan con un grupo de falangistas en una taberna a finales de diciembre de 1936, especificando en la denuncia que uno de los gritos que daban los carlistas era el de “¡Abajo el Fascio!”. En Villafranca denuncian a los falangistas por tirar la boina roja al suelo y pisotearla, igual que hace un oficial del ejército al que sorprende un hermano de Carmen Villanueva, que termina en los calabozos de la ciudadela por haberla emprendido a puñetazos con el militar, que resultó ser hijo de un general¹⁶. En Lacunza, Juan Bautista Olasagarre y Esteban Alegría se quejan de que José María Fuentes Astiz ha arriado la bandera carlista para sustituirla por la de la Falange. En Cabanillas los carlistas terminan a golpes con los falangistas en febrero del 37 porque el jefe local de Falange intentó quitar la bandera tradicionalista de la Sociedad de Labradores.

A mediados de diciembre de 1936, debido al cariz que van tomando estos enfrentamientos, la Junta Central Carlista de Guerra pide información detallada a diferentes pueblos y el gobernador militar dicta normas para evitar “los conflictos y diferencias suscitadas entre los elementos de la retaguardia”, amenazando con disolver los dos partidos debido al “lamentable espectáculo que ofrecen los pueblos de esta provincia por las frecuentes disensiones entre individuos de distintas milicias”. Entre las medidas propuestas por este mando militar figuran considerar “traidores a nuestra causa” a quienes “fomenten rivalidades” y detener a quienes desacrediten la actuación de las milicias, pi-

¹³ LARRAZ ANDÍA, Pablo, *Entre el frente y la retaguardia*, Madrid, Editorial Actas, 2004, pp. 354-356; también entrevista con Silvia Baleztena.

¹⁴ ARGN, *JCCG*, caja 51179.

¹⁵ ARGN, *JCCG*, cajas 51178 y 51179.

¹⁶ Entrevista con Carmen Villanueva.

diendo finalmente que “cesen en los pueblos estas enemistades que llevan la intranquilidad a los vecinos”¹⁷.

Pese a ello, las tensiones no desaparecen. En Huarte Araquil, los falangistas no dejan a los carlistas “ni un momento de tranquilidad” y lanzan falsas acusaciones contra el cura “tradicionalista de siempre”; en Dancharinea se recluta a voluntarios para un “Movimiento” que es “única y exclusivamente falangista”, mientras en Zugarramurdi y otros pueblos de esta zona fronteriza se obliga a los habitantes a concentrarse en la plaza para aleccionarles sobre el partido fascista¹⁸. Aunque parezca un hecho meramente anecdótico, el jefe provincial de Falange, Daniel Arraiza, protagoniza un incidente que indica el estado de ánimo existente entre las dos fuerzas a solo dos meses del Decreto de Unificación. La denuncia tiene fecha de 1 de febrero y la hacen dos requetés de Tafalla, Antonio Espronceda y Jesús Sota, que regresaban andando de un servicio de vigilancia en la Sociedad de Cazadores. En un momento determinado, son alcanzados por un coche en el que va el citado jerarca falangista, que detiene el vehículo haciendo ademán de recogerles, pero, al comprobar que son carlistas, reemprende la marcha dejándoles en la carretera. Según consta en la denuncia, Daniel Arraiza les dijo textualmente: “Si fuerais falangistas os llevaría en el coche pero como sois requetés, adiós”¹⁹.

El 8 de marzo de 1937, a solo 41 días de la “Unificación”, la Junta Central eleva a la autoridad militar un informe recogiendo incidentes en Aibar, San Martín de Unx, Arguedas, Caparroso, Elizondo, Villafranca, Cabanillas, Buñuel y Pamplona, a los que habría que añadir los registrados en Burguete, Valcarlos, Viscarret, Lacunza, Dicastillo, Allo, Lerín, Estella, Betelu, Tafalla, Ujué, Lumbier, Obanos, Cortes, Aoiz, Huarte Araquil, Tudela, Lodosa, valle de Arce, valle de Lana, Eugui, Oteiza, Mues, Bargota, Funes y Valtierra, que no se incluyen en el documento, sin que ello quiera decir que no hubiera otros lugares donde, pese a ocurrir incidencias semejantes, no quedaran registradas por escrito con la correspondiente denuncia. Teniendo en cuenta esta situación y el escaso eco que tuvo el Decreto de Unificación en los tercios de requetés, la organización Frentes y Hospitales y la AET, solamente un alejamiento respecto de la base social del carlismo y la falta de representatividad pueden explicar el empeño de esta Junta en aceptar el proyecto de partido único presentado por Franco. Con su incondicional apoyo a la unificación, la junta navarra contravenía las decisiones tomadas en la asamblea de Insua, localidad portuguesa donde, bajo la presidencia de Javier de Borbón Parma y Manuel Fal Conde, representantes carlistas de todas las regiones discutieron los días 13, 14 y 15 de febrero de 1937 la postura a tomar ante el proyecto de Franco y se comprometieron a defender y mantener la identidad política del carlismo.

Esta era la posición que defendían las máximas jerarquías de la Comunión Tradicionalista, es decir, Javier de Borbón Parma, Manuel Fal Conde y la Junta Nacional Carlista de Guerra, liderada por el delegado nacional del príncipe regente. La resolución de Insua insistía textualmente en “afirmar nuestra personalidad ante el Poder Público, con todo nuestro contenido y con el

¹⁷ ARGN, JCCG, caja 51184.

¹⁸ ARGN, JCCG, caja 51181.

¹⁹ ARGN, JCCG, caja 51189.

acuerdo de que así hemos venido a la campaña” y “de hacerlo presente al Generalísimo en visita que se le haga y con entrega de documento que se acuerda redactar, todo ello como expresión de una actitud que ha de traducirse en obras y que, junto con la idea de obediencia y colaboración, afirme la lealtad de nuestros principios y a nuestra bandera en todo momento, velando siempre por ellos y alzándonos respetuosa pero constantemente contra todo atropello e injusticia”²⁰.

La flagrante disociación entre la junta navarra, liderada por el conde de Rodezno, y la nacional de Manuel Fal Conde no era nueva. Son varios los testimonios y documentos indicando que los principales miembros de la junta navarra mantuvieron una posición enfrentada al resto de la organización carlista, tanto a nivel de jerarquías como de bases, antes, durante y después de la guerra. Al menos eso es lo que plantean algunos de los principales protagonistas de estos hechos, entre ellos el propio Javier de Borbón Parma, Manuel Fal Conde o personalidades carlistas de primer orden, como Jaime del Burgo Torres, Antonio de Lizarza o el historiador Melchor Ferrer. Antonio de Lizarza, que destacó por su actividad en el periodo conspirativo, puntualiza en sus memorias que los miembros de la Junta de Navarra ya habían estado expuestos a ser destituidos por Fal Conde “por haber obrado contra la suprema Jefatura” del carlismo antes de estallar la guerra. Lizarza se refiere a las consignas difundidas en Navarra para sumarse a la sublevación del ejército pese a que Javier de Borbón Parma, representante del pretendiente Alfonso Carlos, no había dado todavía su autorización, precisamente por considerar que las contraprestaciones para la participación de los requetés no eran suficientes. Antonio de Lizarza tuvo que viajar apresuradamente en la tarde del día 12 de julio de 1936 para advertir de lo que estaba pasando y regresó “con la orden concreta de que los requetés no secundasen ningún levantamiento” si el mandato no venía a través de él, por lo que Lizarza reunió a todos los jefes del Requeté de la comarca de Pamplona para explicarles lo que ocurría, consiguiendo que todos prestaran “juramento de no acatar orden alguna (en clara referencia a los dirigentes navarros que actuaban a espaldas de Fal Conde y don Javier) que no llegase por mi conducto”.

Este hecho, explicado con detalle en sus *Memorias de la conspiración*²¹, revela una situación que rebrotaría con motivo del Decreto de Unificación: la organización del Requeté seguía una línea y los cargos políticos –Rodezno, Arellano, Martínez Berasáin– otra. Sobre esta disintonía, Antonio de Lizarza recuerda que, cuando estos dirigentes fueron a San Juan de Luz para pedir a don Javier el aval para unirse al golpe del ejército, el representante del “rey carlista” les preguntó cuáles eran las condiciones que aceptaban los militares, a lo que contestaron que usar la bandera bicolor y que Navarra tuviera ayuntamientos carlistas. Entonces, Javier de Borbón Parma les dijo: “¿Y a esto supeditan ustedes todo el historial y todo el futuro de la Comunión Tradicionalista, a que los Ayuntamientos de Navarra sean carlistas?”. “Esto no lo puedo autorizar bajo estas condiciones”, añadió don Javier. También dice Lizar-

²⁰ BORBÓN PARMA, M^a Teresa; CLEMENTE, Josep Carles y CUBERO SÁNCHEZ, Joaquín, *Don Javier, una vida...*, op. cit., pp. 134-139.

²¹ LIZARZA, Antonio de, *Memorias de la conspiración (1931-1936)*, Madrid, Ediciones Dyrsa, 1986, p. 92.

za que Fal Conde no destituyó a estas personas debido a la forma en que se precipitaron los acontecimientos, sobre todo tras el asesinato al día siguiente, 13 de julio, de Calvo Sotelo.

Lizarza califica textualmente de “escisionista” a la junta navarra: “La constitución de la Junta Carlista de Guerra de Navarra, que se denominó a sí misma Junta Central, y se formó sin conocimiento del Jefe Delegado, señaló ya marcadamente una escisión clara y rotunda entre la Junta Nacional, que se constituiría y dirigiría Fal Conde, y la de Navarra, escisión que culminó en el intento de paviada que tuvo lugar en Burgos en 1937”²². Una opinión semejante expresa Jaime del Burgo Torres, otro de los protagonistas de primera fila tanto del periodo conspirativo como durante la guerra civil. Del Burgo, que se mantuvo dentro de la disciplina de la Comunión Tradicionalista hasta bien entrados los años 40, explica que “el mismo 19 de julio, la Junta Regional Carlista de Navarra, que tanta participación había tenido en los acontecimientos que acabamos de relatar (se refiere a la organización del Requeté), fue relegada al ostracismo”. “En su lugar se creó la denominada Junta Central Carlista de Navarra, que siguió actuando con entera independencia de las Juntas Regional y Nacional, llegando incluso a intentar contra esta última un golpe de mano en Burgos en el año 1937”, dice refiriéndose a su intervención en el Consejo de la Tradición de Burgos que “aprobó” la unificación²³.

Las actuaciones de la junta navarra están salpicadas por una serie de irregularidades que ponen en cuestión su legitimidad desde el mismo momento de su formación. La llamada Junta Central Carlista de Guerra de Navarra se creó de forma espontánea, en parte por iniciativa de personas que ya mantenían una clara animadversión hacia Fal Conde, desplazando al jefe de la Junta Regional, Joaquín Baleztena. Su acta de constitución corresponde al 20 de julio, figurando como presidente Joaquín Baleztena, mientras que José Martínez Berasáin aparece ocupando la vicepresidencia. Sin embargo, cuando a instancias de Fal Conde se le requiere la composición detallada de la misma, en su respuesta de 10 de septiembre de 1936, Joaquín Baleztena ha desaparecido del organigrama y en su lugar figura Berasáin²⁴.

Resulta altamente significativo que una persona tan implicada en los preparativos de la sublevación como Jaime del Burgo Torres diga que no se enteró de su constitución y que su composición causó sorpresa en muchos de sus correligionarios, al ver que personas poco representativas en el carlismo navarro llevaban las riendas de la misma. Pese a todo ello, dice Del Burgo, su autoridad “se impuso de inmediato sin que nadie, ni la Junta Regional, la discutiera”²⁵. Melchor Ferrer, por su parte, califica de “facciosa” la línea seguida por la junta navarra, sobre todo a partir del momento en que José Martínez Berasáin es nombrado por la junta nacional el 4 de septiembre de 1936 “comisario carlista de Navarra”, cargo, por lo tanto, subordinado jerárquicamente a la junta nacional, a pesar de lo cual “éste continuó impertérrito titu-

²² LIZARZA, Antonio de, *Memorias de la conspiración*, op. cit., pp. 91-92.

²³ DEL BURGO TORRES, Jaime, *Conspiración y Guerra Civil*, Madrid, Alfaguara, 1970, p. 551.

²⁴ ARGN, *JCCG*, caja 51178.

²⁵ DEL BURGO TORRES, Jaime, *Conspiración y Guerra Civil*, op. cit., p. 552.

lándose presidente de la Junta y esta llamándose Central y actuando como hasta entonces”, es decir, de forma autónoma, incluso después del “real decreto” de Alfonso Carlos ratificando la autoridad de Fal Conde y su junta nacional, de la que dependían las “juntas de guerra” regionales y sus respectivos “comisarios de guerra”²⁶. Javier de Borbón Parma, ungido príncipe regente tras la muerte sin sucesión de Alfonso Carlos, y, por lo tanto, máxima jerarquía del carlismo, califica por su parte de “conciliábulo” la junta presidida por Martínez Berasáin, mientras que su delegado nacional y mano derecha al frente de la Comunión, Manuel Fal Conde, dice literalmente que sus integrantes “suplantaron” a quienes de verdad habían protagonizado la sublevación, los cuales, obviamente, estaban en el frente combatiendo desde el primer momento.

Es significativa, en relación con este asunto, una carta que Manuel Fal Conde dirige el 29 de marzo de 1969 al director de *El Pensamiento Navarro*, Javier María Pascual. En esa carta, Fal Conde apoya un proyecto para escribir la historia de la participación del carlismo en la guerra civil desde la perspectiva de la Comunión Tradicionalista. Para ello, recomienda resaltar a quienes “tanto hicieron” y que “luego fueron suplantados por los de la limpieza que temían una muerte más grave que la del fusilamiento”. Fal Conde contraponen, de esta forma, a quienes tuvieron un elevado protagonismo en los preparativos de la rebelión y salieron al frente, con los que, no teniendo ese protagonismo, se hicieron con el control de la Junta de Guerra en Pamplona y llevaron el peso de la represión de retaguardia. Fal Conde no da nombres, pero parece obvio que se refiere al sector liderado por el conde de Rodezno, Arellano y Martínez Berasáin, que se habían distinguido por ostentar cargos políticos y siguieron teniéndolos dentro de FET y de las JONS al aceptar el Decreto de Unificación. “El archivo –dice Fal Conde– tiene muchas pelladas de barro a esas comparsas visitantes del Pardo, supuestos carlistas, supuestos exdiputados, supuestos ‘seguros servidores’ de Franco (...) no puedo prestarme a hacer la apología de la Comunión con elementos del régimen”. De los primeros, de los que “tanto hicieron” pero “luego fueron suplantados por los de la limpieza”, sí da nombres, citando expresamente, entre otros, a Jaime del Burgo Torres, Ángel Elizalde, Luis Elizalde y Carlos Ciganda. De forma reveladora sobre la actitud de quienes combatían en el frente, Fal Conde señala como ejemplo de fidelidad a Ángel Elizalde, recordando el valor “elocuente del juramento de los capitanes sobre su cadáver” del 26 de enero de 1939 ya mencionado en la introducción del presente trabajo²⁷.

Pero no son sólo los dirigentes quienes recelan de su representatividad. Hacia otoño de 1936, los miembros de la junta navarra reciben una hoja anó-

²⁶ DEL BURGO TORRES, Jaime, *Conspiración y Guerra Civil*, op. cit., pp. 555-558. Melchor FERRER se refiere a estos hechos en el documento titulado *Observaciones de un viejo carlista*, p. 17, depositado en el archivo de la AET de Murcia. Este historiador carlista también explica en *Don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este. Historia del Tradicionalismo Español* (separata, tomo XXX), Sevilla, Editorial Católica Española, Sevilla, 1979, p. 346, que el todavía pretendiente carlista, que fallecería poco después, dictó este “real decreto” precisamente para colocar bajo un solo mando, el de la Junta Nacional de Fal Conde, las diferentes juntas de guerra provinciales y regionales que se estaban formando.

²⁷ ERREA IRIBAS, Rosa Marina, *Javier María Pascual y El Pensamiento Navarro*, Pamplona, Ediciones Eunat, 2007, pp. 278-280.

nima en la que, al mismo tiempo que se denuncian “bochornosos” escándalos para enriquecerse con algunos canjes, como los que se negocian para intercambiar a Jesús Monzón y Juan Arrastia por dirigentes carlistas detenidos en Guipúzcoa, se dice que “mientras los *pobres de fortuna y hombres de ideas* continuamos en las trincheras, otros muchos que con nosotros formaron valiéndose de sus influencias se encuentran emboscados”. “No queremos –continúan– ni sustitutos ni emboscados; si en la retaguardia son necesarios ciertos servicios, en el frente tenemos hombres de muchos años que bien merecido tienen el descanso”. Finalmente, dan un ultimátum a la junta navarra: “Si en estos quince días no quieren o no saben hacer justicia, los miles de impresos preparados invadirán **TODOS LOS FRENTES DE COMBATE**” (con mayúsculas en el documento original)²⁸. No hay que despreciar, a la hora de valorar estos hechos, la identificación que hace este escrito entre la base popular (*pobres de fortuna*) y la solidez ideológica (*hombres de ideas*) de quienes están combatiendo frente al carácter arribista que se atribuye a los que dominan la junta de Pamplona.

La dirección nacional del carlismo fue consciente, desde el primer momento, del carácter escisionista de la junta navarra e intentó maniobrar para reconducir esta situación que la situaba al margen de la disciplina. Así se puede apreciar en la correspondencia que la junta nacional y la navarra mantienen en los meses inmediatamente posteriores a la sublevación, en la que los principales miembros de la junta nacional, sobre todo Fal Conde y Lamamié de Clairac, solicitan a los navarros que aclaren el carácter de su organización. Las cartas van dirigidas a la “Junta de Guerra (regional de Navarra)” y al “comisario regional”, que eran los nombres que recibían en la reorganización refrendada por Alfonso Carlos, en vez de a la “Junta Central Carlista de Guerra” y a su “Presidente”, como se autodenominaban los navarros, lo que suponía, implícitamente, no reconocer la legalidad de su existencia con tales nombres y funciones. Eso es lo que ocurre, por ejemplo, en las enviadas el 4 de septiembre de 1936 por el propio Fal Conde, el 15, 18 y 26 del mismo mes, y el 14 de diciembre por José María Lamamié de Clairac²⁹. Manuel Fal Conde, en este sentido, se refiere a “¡aquella pretensión obstinada de titular a la Junta Carlista de Guerra, Junta Central!” por dirigentes de “visión localista y excluyente (...) empeñados en anteponer el matiz navarro a la esencia carlista”³⁰.

Consolidados ambos organismos de forma paralela, la junta nacional y la navarra chocaron en asuntos de gran relevancia, provocando la intervención del propio príncipe regente ante los navarros para pedir explicaciones por su actitud contraria a la nacional. Eso es lo que ocurre tras el fracaso de un proyecto de canje general impulsado por Javier de Borbón Parma y sus más estrechos colaboradores con el gobierno del País Vasco; un intercambio de prisioneros y rehenes que se frustra al interferirse en esta negociación la junta na-

²⁸ ARGN, *JCCG*, caja 51.180. El calificativo de “emboscados” se utilizaba para señalar a aquellos que utilizaban cualquier argucia para no ir al frente y permanecer a buen recaudo en retaguardia. Los requetés solían cantar una versión del Cara al Sol que se refería a esta figura del “emboscado”, generalmente atribuida a los falangistas. Entrevista con Gabriel Zubiaga.

²⁹ ARGN, *JCCG*, cajas 51178, 51180 y 51189.

³⁰ ERREA IRIBAS, Rosa Marina, *Javier María Pascual y El Pensamiento Navarro*, op. cit., p. 278.

varra, que protesta por estas negociaciones y convence al Cuartel de Salamanca de que no debe llevarse a cabo. Tal interferencia provoca que el propio Javier de Borbón Parma, máximo representante de la dinastía carlista, se dirija formalmente por carta al presidente de la junta navarra exigiéndole una explicación por su conducta, contestándole José Martínez Berasáin con evasivas el 22 de diciembre de 1936, diciendo que se vieron en la obligación de exponer su “pensamiento y diferencias a quien correspondía”³¹.

Durante estos días, el carlismo atraviesa momentos difíciles. Hacía dos días que Franco había desterrado a Manuel Fal Conde, aunque inicialmente pensó en fusilarlo por el anuncio de crear una Academia Militar de Oficiales del Requeté, algo que en el cuartel general de Franco se había equiparado a un “golpe de estado”³². En esta nueva crisis, la junta navarra también se pone del lado de Franco y no de las jerarquías de la Comunión, a las que, al menos teóricamente, estaba supeditada. En opinión de Domingo Fal Conde, hijo del dirigente desterrado, su padre obedeció solamente para no abrir una crisis en el bando nacional de consecuencias imprevisibles, porque se sentía fuerte y estaba convencido de poder escudarse contra Franco trasladándose a las unidades carlistas del frente³³. Coinciden con esta impresión tanto Serrano Súñer como Maximiliano García Venero, quienes recuerdan que estaba previsto inicialmente un castigo más fulminante y que se decidió el destierro por miedo a un levantamiento carlista. Serrano Súñer, mano derecha política de Franco, dice textualmente que la medida contra Fal habría tenido el carácter de “represión violenta de no haber sospechado Franco un verdadero motín en los frentes”. Maximiliano García Venero se refiere en los mismos términos pero poniendo como testigo al embajador alemán Wilhelm von Faupel, quien elaboró un informe sobre este asunto asegurando que Franco le había comunicado estar a punto de “ordenar inmediatamente el fusilamiento de Fal Conde por alta traición, pero que se abstuvo por el temor a que pudiera producir mala impresión entre los requetés que estaban en el frente y se batían con valor”³⁴.

Respecto a este grave problema, en su reunión del 22 de diciembre, la junta navarra justifica la reacción del “generalísimo” porque el proyecto de la academia militar no había “contado con su autorización” y se excusa a sí misma, ya que se habían encargado de su ubicación en el monasterio de Irache, declarando que creían contar “con los permisos necesarios de la autoridad”. La junta navarra aún da un paso más adelante en su distanciamiento respecto a la junta nacional en su reunión del 19 de enero, celebrada después de que dos integrantes de la misma, Ulíbarri y el conde de Rodezno, hubieran mantenido una entrevista con Franco para tratar el destierro de Fal Conde. Según la resolución que toma ese día, “la Junta Nacional Carlista de Guerra ha venido observando una conducta equivocada acerca del gran Cuartel General de Sa-

³¹ La carta está dirigida a la residencia de Javier de Borbón Parma en la localidad vasco-francesa de San Juan de Luz. ARGN, *JCCG*, cajas 51179, 51180 y 51181.

³² MAÍZ, Félix, *Mola frente a Franco. Guerra y muerte del General Mola*, Pamplona, Lacoonte, 2007. Félix Maíz menciona varios episodios que indican las prevenciones y el temor de Franco hacia la fuerza que estaba adquiriendo el carlismo en los primeros meses de la guerra, por ejemplo en pp. 372 y 400.

³³ Entrevista con Domingo Fal Conde, hijo de Manuel Fal Conde.

³⁴ SERRANO SÚÑER en sus *Memorias*, p. 169, y GARCÍA VENERO en *La Falange en la guerra de España*, p. 346.

lamanca, apartándose de S E el Generalísimo en lugar de acercarse y creándose con ello una atmósfera difícil, a la que es preciso dar la cara y solucionarla rápidamente, a cuyo efecto es muy conveniente que cerca de Franco haya un representante de la Comunión Tradicionalista que podría ser el Conde de Rodezno, al mismo tiempo que se reforme la constitución actual de la Junta Nacional, entrando a formar parte de ella los representantes de las regiones españolas, y, desde luego, algún miembro de la Junta de Guerra de Navarra”³⁵.

En este sentido, hay que recordar que un motivo de debate en la asamblea de Insua habían sido los intentos de provocar una escisión dentro de la Comunión Tradicionalista sustituyendo el liderazgo de Fal Conde por el del conde de Rodezno. A esta idea se refieren tanto el propio Fal Conde como Javier de Borbón Parma, citando expresamente que así era “el pensamiento de la directiva de Salamanca” y que así lo había manifestado personalmente el general Millán Astray a José María Arauz de Robles, otro de los integrantes de la junta nacional³⁶. Del Burgo Torres también se refiere a expresiones en la misma línea expresadas por este general africanista cuando se lo encontró en la universidad de Salamanca; otros testimonios, como el del doctor Simón Blasco Salas, indican que igualmente el general Mola hacía una clara diferencia entre la junta navarra y la nacional³⁷.

En la asamblea de Insua, el conde de Rodezno niega tener nada que ver con esas maniobras, pero la realidad es que un mes después, el 22 de marzo, provocaría, con el apoyo de la junta navarra, la escisión, forzando en el Consejo de la Tradición de Burgos un postura a favor del proyecto político franquista que iba en contra de lo decidido en Insua. La junta navarra consiguió controlar el Consejo de la Tradición con ayuda de una fuerza armada especial enviada bajo el mando de los tenientes de requetés Benito Santesteban y Vicente Munárriz, estrechamente vinculados a la junta de Pamplona. Varios participantes en el encuentro consideran que eso supuso un acto de coacción para influir en el ánimo y decisión de los asistentes. Así lo interpretan también Antonio de Lizarza y Jaime del Burgo, que no estuvieron presentes pero que, debido al papel que jugaban en el carlismo navarro, debían de tener información suficiente para cuestionar de forma tan severa la legitimidad del consejo. Lizarza compara, sencillamente, ese hecho con la irrupción del general Pavía, al frente de sus tropas, en las Cortes Españolas para derribar la Primera República³⁸. Por su parte, Del Burgo afirma que se creó un “clima de tensión y desconfianza” en el que el grupo de requetés navarros “coaccionaron con violencia a los reunidos y acallaron las voces de los pocos que insinuaron su disconformidad con la política a seguir”³⁹.

³⁵ Sesiones del 22 y 28 de diciembre de 1936 y del 19 de enero de 1937. ARGN, JCCG.

³⁶ Actas de la Asamblea de Insua, Fondo Familia Borbón Parma, Archivo Histórico Nacional. Por cierto, resulta curioso el debate que se entabla, según estas actas, sobre si realmente se puede hablar de “franquismo” como concepto político, algo de lo que, en marzo de 1937, algunos de los presentes todavía consideran que no se puede hacer.

³⁷ DEL BURGO TORRES, Jaime, *Conspiración y Guerra Civil*, op. cit., p. 731. Para el testimonio sobre Mola, BLASCO SALAS, Simón, *Recuerdos de un médico navarro*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007, p. 193.

³⁸ LIZARZA, Antonio de, *Memorias de la conspiración*, op. cit., pp. 91-92.

³⁹ DEL BURGO TORRES, Jaime, *Conspiración y Guerra Civil*, op. cit., p. 766.

El Consejo de la Tradición de Burgos aprobó, finalmente, la unificación y nombró una nueva junta nacional, a cuyo frente se colocó el presidente de la navarra, pero siempre dando a toda esta decisión un carácter temporal y provisional motivado por las excepcionales circunstancias de la guerra. Tal vez por ello, Félix Maíz, el ayudante civil del general Mola, interpreta que los comisarios de guerra reunidos “dieron un no rotundo a Franco”⁴⁰. Tras ser informado de lo ocurrido, Fal Conde se niega a recibir en Lisboa a la comisión que, según lo acordado, tiene que informarle del resultado del consejo. La comisión está formada por José Martínez Berasáin, que la preside, José María Mazón y Antonio Garzón. Desde el hotel Tívoli en el que se hospedan los tres comisionados envían una carta a Fal para establecer el encuentro. Todavía sin recibir la respuesta para la cita, Garzón se desdice de lo suscrito en la carta y de su actuación en Burgos. Según sus explicaciones, también se había enterado de que el verdadero objetivo de la presencia de los requetés armados era conseguir “ciertos acuerdos” utilizando la violencia, lo que contradecía la explicación dada por Martínez Berasáin, quien aseguraba que la finalidad del grupo armado era “demostrar en todo momento que estaban conformes con la Junta de Navarra”.

Ante esta situación, Fal Conde mediante otra carta, fechada en Lisboa el 30 de marzo y dirigida a Martínez Berasáin, corta la comunicación con la delegación hospedada en el Tívoli, informándoles que estos asuntos deben ser tratados con S. A. (Javier de Borbón Parma). En esa carta, Fal Conde se refiere a los “incidentes de régimen interior que Vds. me silenciaron, silencio doblemente inexplicable en Garzón, y que han tenido capital importancia en la reunión de Burgos, además de representar coacción sobre los Delegados de la Junta y los Comisarios reunidos”. Según explica Del Burgo, inmediatamente después de su celebración, “algunos comisionados asistentes al Consejo de Burgos fueron volviendo a sus posiciones primitivas y enviando su adhesión al señor Fal Conde, escudándose en que hubo manifiesta coacción con la presencia de los requetés de Navarra en el local”. En relación con estos hechos, José Martínez Berasáin recibe una carta fechada el 9 de abril en Cáceres, firmada por “Tomás”, informándole de que Fal Conde, en colaboración con “García Verde, Matute y algún otro comisario andaluz”, intentan demostrar “la coacción que pesó sobre las deliberaciones de Burgos” para, a continuación, “proceder a una reorganización de confianza (el subrayado está en el original)”⁴¹.

En tal situación, una semana después y solamente tres días antes de publicarse el Decreto de Unificación, la junta navarra convoca el 16 de abril de 1937 una asamblea con representantes de todas las juntas comarcales y locales de Navarra para ratificar y dar validez legal a la unificación con Falange. Teóricamente, el amplio listado de los asistentes da la impresión de englobar a la totalidad del carlismo navarro y, por lo tanto, de legitimar su convocatoria y decisiones. Sin embargo, en esta asamblea no hay representantes de los tercios de requetés, donde se encuentra la práctica totalidad de la militancia

⁴⁰ Félix Maíz confunde el lugar de la reunión, ya que cita que se celebró en Valladolid en vez de en Burgos.

⁴¹ Estas cartas están en la Caja 51189 de Correspondencia de la Junta Central Carlista de Guerra referente a marzo y abril de 1937, ARNG.

carlista. Los únicos miembros del Requeté presentes son los tenientes Benito Santesteban y Vicente Munárriz, mandos de las fuerzas de retaguardia, estrecha e indisolublemente vinculados a los “escisionistas”, Esteban Ezcurra, comandante jefe del Requeté de Navarra, el capellán Fermín Erice y los alféreces Rufino Martinicorena –de la compañía de zapadores– y Narciso Ripa⁴².

Sobre esta asamblea de Pamplona, el historiador carlista Melchor Ferrer asegura que carecía de representatividad, tal y como reconocieron en el transcurso de la misma sus propios promotores, lo cual hace más que discutible su carácter decisorio. El conde de Rodezno, encargado de transmitir la información facilitada por Franco sobre el proyecto de unificación, en opinión de Melchor Ferrer, “o bien no se enteró o entendió mal al Generalísimo, o engañó a sabiendas (a los presentes), porque lo que dice que le dijeron no fue lo que se hizo”⁴³. Tanto el conde de Rodezno como Luis Arellano, que llevaron la voz cantante en la asamblea, admitieron implícita y explícitamente la incapacidad decisoria de la misma y su falta de representatividad, sobre todo cuando Agudo y Goñi Iraeta defendieron la creación de una comisión que visitara a Franco para aclarar el preámbulo del decreto, a fin de asegurar que se respetasen los principios ideológicos del tradicionalismo.

Por su parte, Jaime del Burgo Torres, que tampoco asistió pero que conoció su desarrollo de primera mano, reconoce que la opinión general de esa asamblea era aceptar el decreto, pero que igualmente asumido era el envío, previo a la decisión definitiva, de esa comisión aclaratoria para no dar un paso en falso; sin embargo Rodezno y Arellano se encargaron de abortar tal propuesta⁴⁴. Rodezno argumentó, para ello, que la asamblea no representaba oficialmente a la Comunión, cosa cierta a todas luces, tan cierta como que allí igualmente faltaba la consulta y la voz de la militancia de base, es decir, de los requetés y de sus mandos naturales. Además, Rodezno añadió que Franco le había llamado para “notificarles” su “determinación” y no para consultarles su opinión. Luis Arellano, por su parte, para bloquear la propuesta de enviar la citada comisión propuesta por Agudo y Goñi Iraeta, afirmó que aunque el proyecto del partido único se inspiraba “en normas contrarias a nuestro espíritu”, no podían actuar “de momento, en razón de las especiales características de la organización del Estado”⁴⁵.

Sobre la real aceptación que tuvo el citado decreto dentro del carlismo, Manuel Fal Conde declaró en una entrevista publicada en la revista *Tiempo de Historia* en febrero de 1978 que la unificación fue aceptada por jerarquías de “segundo orden”, que “no eran precisamente jefes de Requetés”, sino sectores “retaguardistas”, es decir, por quienes habían sustituido en pueblos y ciudades debido a las circunstancias excepcionales de la guerra a los dirigentes y cuadros medios naturales que, junto a la práctica totalidad de los militantes, estaban volcados en el esfuerzo bélico. Fueron estos “retaguardistas”, estas jerarquías “de segundo orden”, quienes negociaron con el nuevo régimen y quienes, en definitiva, aceptaron la unificación, aunque incluso estos, que “creyeron y aceptaron, después, al ver en el Decreto de Unificación el pre-

⁴² ARGN, JCCG, caja 51189. Acta de la Junta Extraordinaria del 16 de abril de 1937.

⁴³ FERRER, Melchor, *Observaciones de un viejo carlista*, op. cit., p. 17.

⁴⁴ DEL BURGO TORRES, Jaime, *Conspiración y Guerra Civil*, op. cit., p. 781.

⁴⁵ Acta de la asamblea de Pamplona. ARGN, JCCG, caja 51189.

dominio de Falange y el programa declarado de los 26 puntos, volvieron a Franco a dolerse y quejarse, porque, eso sí, al carlismo –crédulo, quejumbroso– le han caracterizado la lealtad y la claridad”⁴⁶. Esta impresión de Fal Conde es compartida por Martin Blinkhorn, el historiador que con mayor profundidad ha estudiado el carlismo de este periodo bélico, quien afirma que “incluso los carlistas más incondicionalmente unificadores estaban descontentos” por el predominio falangista y proalfonsino de la nueva organización, protestando ese mismo verano de 1937 ante Franco “por la intransigencia de los falangistas”⁴⁷.

Javier de Borbón Parma, “príncipe regente” del legitimismo carlista tras la muerte sin descendencia del “rey Alfonso Carlos I”, apoyó en todo momento la posición de Fal Conde y así lo comunicó a Javier Martínez de Morentin, uno de los miembros de la junta navarra que se mantuvo fiel a la dinastía. Según explica Félix Maíz, en un encuentro tenido con requetés en Bertizarana, don Javier aseguró que Franco les había informado de su proyecto político “después de que todo estuvo hecho” y negó que “Fal Conde estuviese al corriente de lo que se fraguaba en Salamanca”. “Fal Conde nunca hubiese dado su consentimiento para la fusión. Yo tampoco”. Después dijo que la Comunión Tradicionalista se declaraba “otra vez rebelde ante un poder que fabrica un nuevo aparato político que coarta la libertad. Quedaremos, una vez más, al margen de toda intervención. Quedaremos defraudados, aunque cumpliremos nuestra palabra luchando contra el enemigo de Dios y de España”⁴⁸.

Fal Conde y Blinkhorn hacen estas apreciaciones sobre el conjunto de la Comunión Tradicionalista, pero en Navarra el rechazo a la unificación se manifiesta de forma explícita, tras unos meses de dudas y confusión, en tres sectores claves de la militancia: los jóvenes de la Agrupación Escolar Tradicionalista (AET), las Margaritas –las mujeres carlistas encuadradas en la organización asistencial Frentes y Hospitales– y en los tercios de requetés, “donde estaba toda la juventud”, según recuerda Alejandro San Julián, que era entonces jefe de la banda de tambores y cornetas. Incluso en esta organización infantil del Requeté se registran actos de resistencia a la unificación. San Julián explica que cuando se topaban en la calle con falangistas ordenaba tocar el Oriamendi, y que al trasladar los restos de Ruiz de Alda a Estella se negaron a ponerse los cuellos azules, mínimo distintivo que indicaba la unificación, en el desfile. El director de la banda, el maestro Bravo, le pidió que se lo pusiera, al menos para que le siguieran los demás. Alejandro se negó. “Yo le dije que los demás podían hacer lo que les diera la gana pero que yo no me lo ponía y que me iba a casa. Incluso ya desfilando me lo dijeron dos o tres veces más, pero no me lo puse. ¡Y claro, tampoco se lo pusieron los demás!”. “El Requeté –concluye San Julián– no se puso nunca en la guerra una camisa azul, ni el cuello azul ni nada azul”⁴⁹. En marzo de 1940, los servicios de información de FET y de las JONS presentan una denuncia policial porque

⁴⁶ Entrevista a Manuel Fal Conde publicada en el número 39 –febrero de 1978– de *Tiempo de Historia*, dedicado monográficamente al carlismo.

⁴⁷ BLINKHORN, Martin, *Carlismo y contrarrevolución en España 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979, p. 403.

⁴⁸ MAÍZ, Félix, *Mola frente a Franco*, op. cit., pp. 470 y 471.

⁴⁹ Entrevista con Alejandro San Julián.

han localizado carnets de los Pelayos de Pamplona incumpliendo ostensiblemente las normas legales de la unificación. Como prueba, muestran uno de ellos, a nombre de Ignacio Archanco Perillán, que pertenece a la Primera Compañía del Requeté Infantil. Lo grave del asunto estriba en que lleva sellos de cotización correspondientes a los años 1937 y 1938, cuando los Pelayos ya no existían como organización independiente. En la contraportada figuran las tres flores de lis identificativas del legitimismo carlista y el lema “Dios, Patria, Fueros, Rey”, sin citar ni incluir símbolo o mención alguna al partido unificado⁵⁰.

Respecto a la posición que mantuvieron los requetés en las unidades del frente, que eran la inmensa mayoría de los militantes carlistas anteriores a julio de 1936, son numerosos los testimonios que describen primero la perplejidad y después el rechazo a la unificación. Félix Maíz, el ayudante civil del general Mola, cita una consulta con respuesta negativa realizada entre 21 jefes de tercios navarros⁵¹. Además, Félix Maíz coincide con algunos testimonios según los cuales hubo conversaciones y reuniones, en los que participaron destacados mandos del “bando nacional”, para dar un golpe interno en plena guerra civil e instalar un “directorio provisional”, condición aceptada por los militares para lograr la participación del carlismo en la sublevación. Concretamente, cita una conspiración urdida en Roncal, donde los generales Varela y Cabanellas y los entonces coroneles Valiño y Bautista Sánchez se habrían comprometido a apartar del poder a Franco e instalar el “directorio provisional” acordado con Javier de Borbón Parma. Para ello, echarían mano de los tercios de requetés una vez que se consumara la toma de Bilbao. Esta conspiración coincide en el tiempo con el testimonio de Gabriel Zubiaga, según el cual, al terminar el frente Norte, hubo reuniones de mandos para concentrar todas las unidades carlistas en Pamplona y dar un golpe de estado⁵².

También Emilio Herrera Alonso, uno de los oficiales del Requeté que mejor ha expresado los sentimientos y las vivencias cotidianas en las unidades carlistas⁵³, asegura que en el Tercio de Navarra se habló de una retirada de las trincheras y señala que en esta importante unidad la noticia de la unificación cayó “como una bomba” y que la reacción de los requetés fue “de asombro” y “desconcierto”. “No entienden –dice en una explicación que también cuestiona la legitimidad de las decisiones asumidas en Burgos y Pamplona– cómo se ha podido decidir un hecho así sin contar con los hombres del frente, con aquellos que con su sangre están salvando España. Les parece que ellos tendrían que opinar en estas cuestiones”. Félix Maíz dice que “entre el ‘no acataremos sus órdenes’ hasta el ‘nos iremos a casa’ volaban ideas de vanguardia a retaguardia”⁵⁴. Sin embargo, el problema más apremiante era acabar la gue-

⁵⁰ Archivo General de la Administración (AGA), Fondo Presidencia (9), caja 20534 (75).

⁵¹ MAÍZ, Félix, *Mola frente a Franco*, op. cit., p. 398. Los tercios mencionados son Montejurra, Lácar, Navarra, San Fermín, Santiago, Lesaca, Virgen de las Nieves, Nuestra Señora del Camino y Cristo Rey.

⁵² MAÍZ, Félix, *Mola frente a Franco*, op. cit., pp. 299 y 419. Félix Maíz menciona la implicación en estos hechos de Barandalla, jefe carlista de la Barranca, en p. 420. Sobre el testimonio de Gabriel Zubiaga, entrevista personal en su domicilio de San Sebastián.

⁵³ HERRERA ALONSO, Emilio, *Los mil días del Tercio de Navarra*, Valladolid, AF Editores, 2005, pp. 63 y 64.

⁵⁴ MAÍZ, Félix, *Mola frente a Franco*, op. cit., p. 467.

rra. Mientras, los requetés se “desfogaban” cantando esos días “más que nunca, aquella canción que dice: ‘Es Fal nuestro jefe, es el hombre que más vale, y a sus requetés no se los merienda nadie’”. Testimonios semejantes ofrecen, además de Félix Maíz, Antonio Izal, Félix Andía, Tomás Martorell Rosáenz, Antonio Uli Ballaz, Máximo Echeverría Aramendía, Manuel Sánchez Forcada, José Ángel Zubiaur, Manuel José Lorenzo, Ignacio Yarza, Ignacio Hernando de Larramendi, Gabriel Zubiaga, Lola y Silvia Baleztena, etcétera.

Emilio Herrera cita otro hecho significativo durante la primavera de 1938, cuando se produjo un largo periodo de estabilización del frente en el Levante. Un día, después de que “los clásicos emboscados” se volvieran otra vez a la retaguardia tras estar lanzando “larguísimas soflamas” de propaganda falangista con altavoces, los de enfrente se dirigieron a ellos utilizando el término de “fascistas”. “Aquí no hay fascistas, somos requetés”, contestan. “Desde ese momento –añade Emilio Herrera–, cuando quieren hablar con nosotros, nos llaman: ¡Requetés!”. Al llegar la orden para homogeneizar la uniformidad de las milicias, se distribuyeron yugos y flechas para colocarlos en las camisas. Emilio Herrera cuenta que se aplicó la fórmula del “pase foral”, seguida en Navarra para no cumplir una ley del gobierno central: “se acata pero no se cumple”. “En cada compañía se aplicó según consideraron sus respectivos oficiales”. En la tercera, su teniente mandó formar y repartir los emblemas; explicó a los requetés la orden, y, ante las miradas atónitas de los boina rojas, pidió a su asistente que le cosiera unas flechas en una camisa. Cuando terminó, le dijo: ‘¡Ahora, la quemas!!’, ordenando a continuación romper filas. Naturalmente, nadie se puso las flechas”.

“En los tres tercios de requetés en los que yo combatí –dice, por su parte, Antonio Izal– todo se hacía en carlista, sobre todo las canciones; nunca se cantaba el Cara al Sol, siempre se cantaba el Oriamendi y el resto del repertorio del cancionero carlista (...) Un alférez de Caballería, que estaba de ayudante en mi tercio, me dijo allá por agosto o septiembre de 1937, estando en la sierra de Lozoya-Navafria que me tendría que poner la camisa azul para cumplir el decreto de unificación”. “Tú y todos vosotros os la tendréis que poner”, le dijo. “Lo que es yo, seguro que no me la pondré”, respondió Izal, a lo que replicó el alférez: “Si te obligan, tendrás que hacerlo”. “Tus ojos no lo verán; antes me voy a un batallón como soldado”, le contestó finalmente el carlista de Villava. Izal reconoce que, en los frentes, tampoco se sabía exactamente lo que estaba sucediendo “entre la Comunión y el Régimen; algunos, los menos, sabíamos algo y nos dolía, pero, ¿qué podíamos hacer? Por lo que yo sé y puedo asegurar, todo voluntario de los tercios llevó la boina roja con orgullo, tanto en el frente como en la retaguardia, aunque no se preocupara por lo que políticamente pasaba en las alturas”⁵⁵.

Antonio Izu menciona, entre los recuerdos facilitados al historiador Ronald Fraser, el rechazo de la compañía carlista donde se encontraba su her-

⁵⁵ HERRERA ALONSO, Emilio, *Los mil días...*, op. cit., pp. 63, 64, 160, 168, 179, 171. LARRAZ ANDÍA, Pablo, *Entre el frente y la retaguardia*, op. cit., pp. 354-356. Entrevista personal con Antonio Izal. También revista *Príncipe de Viana*, número 230, 2003, p. 646, *Diario de Campaña* del requeté Manuel José Lorenzo, y AROSTEGUI, Julio, *Los combatientes carlistas en la Guerra Civil*, op. cit., p. 321. Félix Maíz también se refiere en varias ocasiones, además de las reuniones de los mandos y de la posición de la máxima jerarquía de la Comunión Tradicionalista, al descontento en las filas carlistas (*Mola frente a Franco*, op. cit., pp. 337, 395, 475, 477, 499, 500 y 511).

mano, en el Batallón América, a ponerse la camisa azul. Encabezados por su alférez requeté amenazaron con presentar resistencia armada si les obligaban a llevarla. Los mandos del ejército arrestaron a este alférez carlista y realizaron un amago de desarmar a la unidad que, finalmente, no se llevó a cabo ante las fatales consecuencias que podría acarrear. Los carlistas no depusieron su actitud hasta que el oficial detenido fue puesto en libertad. El propio Antonio Izu manifiesta que ni él ni ninguno de sus correligionarios se puso el distintivo azul y que así lo manifestaron a sus superiores⁵⁶. Son curiosas las cartas, en este sentido, que conserva la familia Baleztena en Pamplona enviadas por requetés pidiendo camisas, pero insistiendo en que “fueran de color caqui” porque los servicios de Intendencia solo les entregaban azules⁵⁷.

Tomás Martorell explica con detalle cómo en el Tercio de San Miguel, otra emblemática unidad del carlismo navarro, cantaban canciones estrictamente carlistas, “desde los requetés a los oficiales”, con la clara intencionalidad de reafirmar su personalidad frente a FET y de las JONS. Es revelador el cuadro al óleo que representa la toma del monte Tibidabo por este tercio el 25 de enero de 1939, una imagen que, iconográficamente, corresponde más a las carlistadas decimonónicas que a los valores fascistas de FET y de las JONS. Lo mismo se podría decir si se hiciera un estudio detallado del diseño que presentan las páginas de *El Pensamiento Navarro* durante estos años, en las que es más que patente la ausencia de la simbología unificada⁵⁸. Félix Andía, que servía en la escolta del general Bautista Sánchez, jefe de la poderosa V División –integrada fundamentalmente por tercios de requetés–, estaba convencido de que si nunca ordenó a los combatientes que se pusieran el cuello o la camisa azul fue para evitar problemas⁵⁹.

Esta resistencia de los tercios duró hasta el final y se prolongó durante los meses del verano de 1939 en los que se llevó a cabo su licenciamiento y disolución. A pocas horas de comenzar el Desfile de la Victoria el 19 de mayo, tuvieron que sortear una orden para que desfilaran con camisa azul. Dolores Baleztena, fundadora y presidenta de las Margaritas, vivió de forma especialmente intensa esos momentos de gran incertidumbre. “Los del Tercio Burgos-Sangüesa vinieron excitadísimos –explica Lola Baleztena– porque les obligaban a desfilan con camisa azul y decían: para que vean que somos requetés, queremos que nos cosáis sobre las camisas estas aspas rojas”. “Coser las aspas a todo un tercio –continúa– no era empresa de un momento, pero a la vista de aquel justificado desconsuelo se emprendió briosamente la tarea” y las margaritas estuvieron dando puntadas toda la noche. Emilio Herrera, por su parte, recuerda que el Tercio de Navarra se negó en redondo a ponerse la camisa azul; en su opinión, la firme decisión de los tercios hizo que el mando se replanteara la medida, sobre todo cuando comprobó que la oposición se extendía a algunas unidades del ejército, cercanas al Requeté, tal y como ocurrió con la IV División de Navarra. Al menos así lo cuenta en sus me-

⁵⁶ FRASER, Ronald, *Recuérdalo tú y recuérdaselo a otros*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 440.

⁵⁷ Entrevista con Silvia Baleztena.

⁵⁸ VV.AA., *La Guerra Civil Española*, tomo 34, “La traición del Tibidabo”, artículo de Manuel Martorell, Madrid, Unidad Editorial, 2005, p. 166.

⁵⁹ Entrevistas con Félix Andía y Tomás Martorell Rosáenz. También *Andanzas de un carlista del siglo XX*, autobiografía de Tomás Martorell Rosáenz, Pamplona, Fundación de Amigos de la Historia del Carlismo, 2001, p. 58.

morias Ignacio Yarza, quien explica que el asunto se resolvió sustituyendo la camisa azul con las flechas de Falange por un cuello de ese color. “Hay que tener en cuenta que la mayoría de los navarros, aunque no sean carlistas, tienen el carlismo como algo muy suyo y, por lo tanto, el azul les repugna. Los oficiales tampoco están muy dispuestos a desfilar en mangas de camisa azul”, explica Yarza, refiriéndose a las unidades del ejército regular de la IV División en las que él servía⁶⁰.

Lola Baleztena recuerda que al Tercio de Navarra le prohibieron llevar el crucifijo que le caracterizaba. Ella personalmente fue a hablar con el general Ponte para que levantaran la prohibición, a lo que Ponte accedió, prometiéndoles que podrían llevar su peculiar estandarte. “¡Qué indignación –recuerda Lola Baleztena– cuando vimos aparecer al Tercio de Navarra sin su glorioso Crucifijo! A última hora, cuando estaban ya en marcha, les fue arrebatado por orden superior. El capellán se retiró en protesta. ¿Quién dio la orden? A nuestras preguntas apremiantes nadie supo o quiso contestar. ¡Y se había dejado desfilar a la Legión con un carnero por mascota!”, decía escandalizada. Otra de las afrentas de estos momentos finales de la guerra fue la prohibición de que varios tercios, acantonados en Tudela a la espera de su licenciamiento, realizaran en Pamplona un desfile semejante al de Madrid, que, obviamente, tendría una lectura política distinta al de la capital de España. “Pues no se les dio ni se nos dio ese gusto”, se queja Lola, para, a continuación y en tono de sorna, subrayar: “El tan repetido himno falangista ‘Volverán banderas victoriosas al paso alegre de la paz...’ no pudo ser aplicado a quienes al paso guerrero partieron hacia los frentes de combate, y sus ‘banderas victoriosas’ no fueron acariciadas por el entusiasmo popular cuando ‘volvió a sonreír la primavera’”⁶¹.

Otro importante sector del carlismo que rechazó en bloque la integración en FET y de las JONS fue la AET, que contaba entonces como afiliados a miles de estudiantes de bachillerato y universitarios que, por lo general y si tenían la edad suficiente, también estaban incorporados en el Requeté. Tras unos meses de incertidumbre, este segmento de la militancia carlista tomó una clara posición ante el nuevo partido en el acto multitudinario que se celebró el 12 de octubre de 1937 en Burgos ante la presencia de Franco y con el objetivo de “sellar” la unificación de las juventudes de ambos partidos. Del ambiente “unificado” que se respiraba en los días previos a esa concentración entre las ramas juveniles del carlismo y de la Falange da muestra la circular falangista que se distribuye en la zona de Tafalla sobre los preparativos del viaje a Burgos.

La circular está firmada por Pedro Díez Terés, jefe de Falange de Tafalla, quien pide, con fecha de 7 de octubre, una lista de todos los Flechas, inscritos o no en el SEU, que “sean de buena presencia” y no menores de 13 años, detallando que han de ir vestidos “con zapato y pantalón negro, uniforme completo” pero “a pelo, sin boina ni gorro”. Es decir, se busca dar al acto un claro color falangista, destacando las indicaciones para llevar la cabeza descubierta y no lucir la boina roja, obligatoria al menos teóricamente en la indumentaria unificada. Después se dan instrucciones para mantener la disciplina “al estilo” falangista, “no consintiendo insubordinación de nadie ni órdenes que no emanen de esta Jefatura”. “Si algún camarada hiciera protestas o de-

⁶⁰ YARZA HINOJOSA, Ignacio, *Diario de campaña de un soldado catalán*, Madrid, Actas, 2005, p. 334.

⁶¹ Notas autobiográficas de Dolores Baleztena, pp. 135-138.

sobediencia a alguna orden dada por el jefe, me lo comunicas sin pérdida de tiempo para ponerle la sanción a estilo de Falange”. También deja claro que “Falange nada tiene que ver con otras organizaciones que no tengan su estilo”, lo que parece una clara referencia a las organizaciones infantiles, juveniles y estudiantiles carlistas⁶².

Desde el otro lado son valiosos los recuerdos de Carmen Villanueva, destacada activista de la AET, famosa por sus mítines durante la II República, que participó en la citada concentración. Según explica, les llevaron “en esos trenes para transportar ganado”. “Íbamos sentados en el suelo, como podíamos; había mucha gente, todos uniformados; yo también, con uniforme de requeté, faldapantalón caqui, casaca y pistola”. En su opinión, solamente los jefes sabían exactamente a lo que iban. Franco les dirigió la palabra arropado por militares poco simpatizantes con el carlismo. Félix Andía, del Tercio de San Miguel, también estaba allí y explica que, desde el principio, carlistas y falangistas se pusieron frente a frente dando gritos distintos; los falangistas gritaban “Franco y Falange” y los carlistas “Franco y Rey”, provocando un gran escándalo que se pudo apreciar escuchando la emisora que lo transmitía por radio.

Según explica Carmen Villanueva, la tribuna de Franco estaba protegida por una guardia de requetés mandada por su hermano Juan, destinado a esta tarea debido a las graves heridas sufridas al comienzo de la guerra. “Fui hasta donde estaba mi hermano –recuerda Carmen– y me hinché a gritar ‘¡Muera Franco, traidor!’”. Nos decían que teníamos que desfilar delante de Franco pero no desfiló ningún requeté y nos fuimos”. Carmen no estaba sola; junto a ella había otros destacados dirigentes de la AET, entre ellos el también navarro José Luis Los Arcos, además de José María Zaldívar, que había sido secretario nacional de la AET, y José María Arauz de Robles, miembro de la Junta Nacional de Fal Condé. De regreso a Pamplona, Carmen Villanueva recuerda que mantuvo una conversación con José Luis Los Arcos, que le terminó de “abrir los ojos”, convenciéndole de que el nuevo partido era “un coto cerrado al carlismo”⁶³. Por estos hechos fue detenido Miguel Ángel Astiz, que era el responsable en Navarra de la AET, mientras que Zaldívar fue expulsado de FET y de las JONS, cuyo órgano de expresión, el *Boletín del Movimiento*, también se hizo eco de los incidentes, considerándolos un intento de dar marcha atrás al proyecto político de Franco y Serrano Súñer. La consecuencia es que, como refieren varias fuentes, la AET se negó en bloque, y por lo tanto miles de jóvenes carlistas, a incorporarse en FET y de las JONS, manteniendo su simbología y sus propios locales⁶⁴.

Algo semejante ocurrió con otra poderosa organización carlista: Frentes y Hospitales, encargada de prestar asistencia a los combatientes y a sus familias.

⁶² ARGN, *JCCG*, caja 51187.

⁶³ Entrevista con Carmen Villanueva y Félix Andía. La detención de Astiz está recogida en el archivo de la sociedad pamplonesa Muthiko Alaiak, de la que fue directivo y donde figuran los antecedentes policiales de Astiz.

⁶⁴ Tanto Zaldívar como Astiz habían saludado la unificación pero no tardaron en retractarse. A esos incidentes se refieren también BLINKHORN, op. cit., p. 403, y Stanley G. PAYNE, *Falange. Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965, p. 118, a su vez citada en *Don Javier, una vida al servicio de la libertad*, op. cit., p. 166. El gobernador civil de Guipúzcoa se refiere a esta negativa –Archivo General de la Administración (AGA), Fondo Presidencia, caja (9) 51/20517–; también es asumida de forma expresa por el boletín *AET* de diciembre de 1957 en un artículo titulado “Consideraciones sobre veinte años de unificación” que recuerda la actitud que mantuvo la AET durante el conflicto.

Se puede decir que Frentes y Hospitales aglutinaba a la totalidad de las Margaritas, es decir, de las mujeres carlistas, que dentro de la cultura política de este movimiento profundamente católico jugaba una gran importancia en la transmisión de los ideales como esposas o madres de requetés. En Navarra, Frentes y Hospitales tenía su “buque insignia”: el hospital Alfonso Carlos, donde se libró una verdadera y soterrada batalla para mantener la identidad carlista a lo largo de los tres años de guerra, tal y como ha analizado Pablo Larraz Andía en su libro *Entre el frente y la retaguardia*. Las Margaritas de Frentes y Hospitales protagonizaron varios y graves incidentes con la Falange y su Sección Femenina, negándose, por ejemplo, a participar en las cuestaciones del Auxilio Social y presentando una resistencia activa a incorporarse en el nuevo partido hasta el punto de que la dirección nacional de Falange tuvo que desistir en su intento de colocar a una carlista al frente de la Sección Femenina de Navarra.

La negativa a participar en las cuestaciones del Auxilio Social no era privativa de las navarras, sino que tal rechazo se registraba en todas las provincias, como se desprende de las comunicaciones enviadas periódicamente por los servicios de información de FET y de las JONS a su dirección nacional⁶⁵. El archivo de la Junta Carlista de Navarra conserva varias denuncias de la Falange contra el obstruccionismo de las Margaritas en varias localidades, como la firmada por la Sección Femenina el 8 de julio de 1937. En Marcilla, el jefe local de Falange, Luis Bañón, pide que se castigue por este motivo al jefe de los requetés, Matías Basarte. Poco después, el 4 de agosto, la Sección Femenina se ve de nuevo obligada a enviar una circular para acabar “definitivamente con las dificultades surgidas en algunas poblaciones entre las delegadas de Asistencia a Frentes y Hospitales y los jefes provinciales políticos” del partido único.

En octubre hay otra notificación, en este caso de la Delegación Provincial del Auxilio de Invierno, encabezada con “saludos nacionalsindicalistas”, para recordar que “la colocación del emblema en las cuestaciones es obligatorio para toda persona pudiente, debiendo ser denunciado por las camaradas postulantes todo aquel que se niegue a que dicho emblema le sea colocado”. El 20 de noviembre es la jefa local de Falange de Fustiñana la que se queja de la “indisciplina que caracteriza a la casi totalidad de las camaradas de esta sección”, ya que se niegan a realizar la cuestación del Auxilio Social, a excepción de cinco o seis, respondiendo, cuando se les presiona, con darse de baja. “Comprenderás –dice la encargada de la Sección Femenina de Fustiñana– que con esta clase de falangistas me es imposible continuar actuando, que no puedo tomar parte en ninguna iniciativa de la Falange y que me sacrifico sin resultado alguno”.

Las dificultades para poner en práctica, al menos sobre el papel, la unificación son suficientes para que el teórico jefe provincial de FET y de las JONS, ex jefe de la extinta Junta Central Carlista de Guerra, Martínez Bera-sáin, se queje ya el mes de mayo del “lío” que se está formando con el nombramiento de los cargos provinciales, como le dice por carta a Luis Arellano

⁶⁵ Algunos de estos incidentes se pueden ver en el Archivo General de la Administración, Fondo Presidencia, (9) 51/20517, documento 2.

el día 25. Pocos días después, envía otra carta al conde de Rodezno informándole de que “en todas las conversaciones que hemos celebrado (con Daniel Arraiza, jefe provincial de Falange) para la integración y unión, ha adoptado la postura de resistencia pasiva y aun de crear dificultades, con lo que, prácticamente, no es posible poner en marcha esa Delegación”, solicitando, a renglón seguido y como única solución a la crisis, que se destituya “fulminantemente” al jerarca falangista⁶⁶.

La unificación tampoco consiguió que desaparecieran los incidentes en los pueblos. En Ujué, los carlistas se oponen a cambiar el ayuntamiento como exige la jefatura de Falange de Tafalla, además de denunciar que con fecha de 1 de mayo se daban órdenes para expulsar del pueblo a diez familias, supuestamente de izquierdas, entre ellas la de León Jiménez, pese a que todas se habían “adherido al glorioso movimiento desde los primeros días y varios de sus miembros luchando en los frentes como voluntarios”. El 9 de julio de 1937 es multado con 20 pesetas Mariano Malumbres y con otras 10 Simón Gorrindo Sada, Valentín Miramón Irujo, Jesús García Labarga, Fermín Arnedo Falces y Matías Álava Miramón por hacer el “saludo requeté” en vez de levantar el brazo al paso de la bandera nacional “contraviniendo las disposiciones vigentes”, con el agravante de que Malumbres, al ser apercibido por las autoridades, dijo que no iba a hacer el saludo fascista ni ahora ni en el futuro. Este hecho y otros semejantes provoca una carta del gobernador civil al delegado provincial de FET y de las JONS mostrando su disgusto al ver a “individuos enrolados en la Milicia Nacional desobedecer a los agentes de la autoridad y vulnerar una circular de este Gobierno, redactada para el más exacto cumplimiento de disposiciones de la Superioridad”.

El 1 de octubre de 1937, según denuncia José María Grasa Martín, el grito de “¡Viva España!” propio de los requetés es contestado en Cascante con el “¡Arriba España!” de los falangistas, al que, a su vez, los carlistas corresponden con su “¡Viva el Rey!”, degenerando la celebración del “día de nuestro glorioso caudillo” en un altercado en el que una mujer falangista dijo que “el Rey era una mierda”. Este incidente es significativo porque, según se explica en la denuncia, los falangistas comenzaron a gritar “¡Viva Franco!”, dando por supuesto que tal grito era ofensivo para sus contrincantes, cuando en realidad –continúa la denuncia– “en él vemos el auténtico salvador de nuestra patria”. Después, el denunciante añade que los falangistas creen que “el glorioso levantamiento de nuestro invicto Franco va a concederles cierto predominio en los pueblos y con él el completo aplastamiento de quienes, por profesar las puras doctrinas del tradicionalismo, ni antes ni ahora debemos merecer ni siquiera el dejarnos vivir tranquilos en nuestra casa”⁶⁷.

La reorganización de la Comunión Tradicionalista en Navarra al margen de los ex miembros de la Junta Central y en base a personas que se habían mantenido, en estos meses de crisis, fieles a Fal Conde y a don Javier, comienza durante el mismo verano de 1937 y en ella participa directamente Rafael Olazábal, pieza clave en el carlismo guipuzcoano y enlace directo entre don Javier y la organización dentro del territorio nacional. Tal vez debido a esta participación, la junta de Pamplona había elevado ya una protesta formal

⁶⁶ ARGN, JCCG, caja 51187.

⁶⁷ ARGN, JCCG, caja 51187.

con fecha de 17 de septiembre de 1936, contra su intervención en los asuntos de Navarra “sin consultar a esta junta”, advirtiéndole que, en lo sucesivo, no debe inmiscuirse “sin contar previamente con la conformidad y autorización expresa de esta junta”⁶⁸. Como se desprende de una carta enviada por don Javier al antiguo jefe regional, Joaquín Baleztena, estos intentos de reorganización cuentan con la colaboración de un miembro de la junta navarra, Martínez de Morentin, y del sacerdote Jesús Yanis. Según esa importante carta, se ha elaborado una lista de las personas con las que habría que contar para desplazar a los escisionistas. Esta lista está formada por Mario Ozcoidi, José Millaruelo, Miguel Ángel Astiz, Luis Elizalde, Ángel Elizalde, José Luis Los Arcos, Félix Arteaga, Cruz Ancín, Antonio Sánchez Biurrun, Cándido Falcón Irigaray, Julio Arpón Sánchez, Estanislao Cuadra Salcedo, Jaime del Burgo, Emiliano Larrea, Carlos Ciganda, Luis Nagore, Narciso Ripa, Ignacio Garde, Jesús Elizalde, José Busto y Juan Villanueva.

Es significativo que prácticamente todos ellos se caracterizan por ser militantes carlistas que habían salido a combatir al comienzo de la sublevación, logrando el grado de oficial en el frente, sin cargos en la junta que había apoyado la unificación y considerados “incondicionales” o de “absoluta lealtad” a la jefatura de don Javier y Fal Conde⁶⁹. Después vendría el juramento de los cinco capitanes de requetés ante la tumba de Ángel Elizalde; el 9 de agosto de 1939 la declaración de un grupo de sacerdotes presididos por Toribio Pérez y Bruno Lezáun, adhiriéndose la denominada *Manifestación de ideales*, con la que Fal Conde rechaza de forma explícita el partido único⁷⁰. El juramento de esos cinco capitanes de requetés sería asumido el 2 de septiembre del mismo año por otros veinticuatro capitanes con una proclama que lleva por título *Un aviso sobre la restauración monárquica*.

En este escrito aseguran haberse constituido en organización “secreta”, con una dirección colegiada de tres mandos. Además de comprometerse, bajo juramento, a responder de forma solidaria cuando alguno de ellos sea perseguido, dicen: “La guerra absorbió todas nuestras actividades (...) llamamos porque el fragor de los combates y el estampido de las bombas no nos dejaba oír el sucio rumor de la retaguardia claudicante y conspiradora (...) porque el afán de vencer a un enemigo presente y real nos distraía de otro, más funesto todavía, que trabajaba a nuestras espaldas (...) Los que callaron durante la guerra, por mandato superior y porque el servicio de España lo exigía, inician con estas líneas su protesta, plasmada ya en solemnes juramentos secretos. ¡Alerta, españoles! ¡Alerta, requetés, excombatientes! Vuestros jefes permanecen vigilantes. Estad prestos a secundarlos”⁷¹.

Al acabar la guerra civil, cuando los requetés navarros regresaban a sus hogares, encontraron muchos de sus locales cerrados o absorbidos por FET y de

⁶⁸ ARGN, JCCG, caja 51178.

⁶⁹ Archivo Histórico Nacional, Fondo Borbón Parma. Cada uno de los nombres va a acompañado con un pequeño perfil mencionando su origen, edad, profesión, graduación y grado de fidelidad a la Junta Nacional de Manuel Fal Conde. Aurora VILLANUEVA también se refiere a esta correspondencia en *El carlismo navarro...*, op. cit., pp. 54 y 55.

⁷⁰ VILLANUEVA, Aurora, *El carlismo navarro...*, op. cit., p. 127.

⁷¹ CLEMENTE, Josep Carles, *Don Javier: una vida al servicio de la libertad*, op. cit., p. 388. SANTA CRUZ, Manuel de, *Apuntes y documentos para una Historia del Tradicionalismo español*, Madrid, Gráficas Gonther, 1979, tomo 2, pp. 85 y 86.

las JONS como consecuencia del Decreto de Unificación del 19 de abril de 1937. Así les ocurrió a los socios del Denak Bat, cuya sede había sido clausurada por el Gobierno Civil alegando razones de “insalubridad”, una excusa inaceptable para quienes lo habían sacrificado todo, incluso sus objetivos políticos, con tal de ganar la guerra. Varios de sus miembros no quisieron pasar por alto este atropello y, a riesgo de lo que en 1939 suponía infringir una orden gubernativa, forzaron la puerta para dejar constancia de su descontento en las paredes. Con grandes caracteres y cuidada caligrafía, escribieron sobre las paredes leyendas que desprendían algo más que una simple protesta por el trato que se daba a los miles de muertos dejados en los campos de batalla.

Rescatadas del anonimato por Pablo Larraz Andía, quien las reproduce en su obra dedicada al hospital Alfonso Carlos de Pamplona⁷², estas inscripciones tienen gran valor histórico porque revelan el estado de ánimo de quienes, pese a figurar en el campo de la victoria, también habían perdido la guerra. Rubricadas por “El Requeté”, una de estas frases dice que “los supervivientes del Denak Bat sabrán honrar a sus muertos, haciendo una recta Justicia con los arrivistas (sic) y con los que nada hicieron por la Patria”. Después de echar en cara a “los granujas sin Dios y sin Rey que solo saben explotar el Sagrado nombre de la Patria” mientras “los requetés mueren por Dios, la Patria y el Rey Carlistas”, les tildan de “¡MISERABLES!” –así, con mayúsculas y entre interjecciones– por cerrar los círculos de “quienes desangraron la Fiera Marxista de las calles de Pamplona” y “aniquilaron el Estatuto Vasco”. “Este es el respeto que guardáis –continúa su diatriba– a los MUERTOS del Denak Bat”; y finalizan con la velada amenaza de no implicarse en otra aventura como la que acababan de sufrir: “Día llegará que vosotros ante el peligro de la Revolución llamaréis a nuestra puerta invocando el Santo nombre de Dios y Patria; mas entonces el REQUETE, antes que defender intereses de nadie, sabrá hacer la verdadera JUSTICIA”.

Testimonio igualmente revelador es el dejado por las inspectoras de la Sección Femenina que, una tras otra, fracasan en su intento de integrar a las Margaritas dentro de FET y de las JONS. Estos informes dicen que, desde la unificación, la sección navarra “ha tenido que ser rehecha cinco veces”. Tras intentar infructuosamente que Lola e Isabel Baleztena asumieran la delegación navarra de la Sección Femenina, ofrecen el cargo a Dolores Llorente de Lizarraga y María Jesús Sanz, con idéntico resultado⁷³. Amor Valladares, inspectora nacional de FET y de las JONS, se escandaliza el 23 de octubre de 1939 con la respuesta de esta última cuando, tras mucho insistir, accedió a entrevistarse con ella para tratar el espinoso asunto. Al requerirle la necesidad de cumplir la legalidad, esta Margarita le contestó que “en otras partes dominaría la Falange, pero que en Navarra tenía ésta que aguantar el dominio carlista; que la Sección Femenina de Navarra era cosa muerta y que bien muerta estaba entre el desprecio de todos”. En tono violento, María Jesús Sanz dio por concluida la reunión y se despidió, junto a las otras correligionarias que le habían acompañado, con estas palabras: “Yo soy una ciudadana libre y no

⁷² LARRAZ ANDÍA, Pablo, *Entre el frente y la retaguardia*, op. cit. Las fotografías aparecen en el pliego de fotos del libro pero en el texto no se analiza el significado de su sorprendente contenido.

⁷³ AGA, Presidencia, caja (9) 51/20557, documento 29. Alberto RUIZ DE GALARRETA se refiere a estos hechos en *Apuntes y documentos...*, op. cit., tomo 2.

tengo por qué recibir órdenes tuyas ni de nadie”. El informe interno de Amor Valladares dice que, al día siguiente y durante tres jornadas, se realizó una campaña por radio y prensa para que se presentaran ante ella las antiguas afiliadas a las Margaritas, pero que solamente se presentaron cinco “despistadas” que, además, manifestaron que “nunca se habían puesto la boina”.

Después Amor Valladares se refiere a las “cosas muy desagradables” ocurridas durante su permanencia en la capital navarra, que coincidió con el traslado de los restos mortales del general Sanjurjo de Lisboa a la catedral de Pamplona el día 21, actos a los que acudió Manuel Fal Conde, al margen de la delegación oficial, pese a lo cual asumió el mayor protagonismo, por encima de la primera autoridad provincial. “Pamplona –relata– estaba llena de boinas rojas, sin que se vieran más que cuatro o como mucho seis camisas azules”. “La población mostraba un aspecto tan indignante que aquello parecía más que un entierro una romería”. La informadora decidió, al ver este ambiente antifalangista, “marcharse a casa”, por lo que no pudo presenciar los “vergonzosos” hechos que ocurrieron a continuación y que le detallaron varios camaradas. “Al asomarse el jefe provincial y gobernador civil al balcón de la Diputación, los requetés empezaron a aclamar a Fal Conde. El gobernador se retiró y, al momento, salió el referido Fal Conde, saludando militarmente y gritando ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva el Rey!”, dice el informe, destacando la ostentosa negativa de Fal a saludar brazo en alto al estilo fascista como era obligatorio. “Con este motivo –continúa– los vivas al Rey no cesaron en toda la mañana. Un camarada nuestro, teniente de regulares, gritó ¡Viva Franco! Inmediatamente se le echaron los requetés encima y le dieron una paliza horrosa”. “Nunca pude figurarme –concluye Amor Valladares– que hubiera un sitio en España donde los vivas al Caudillo fueran castigados de una manera tan brutal. Dios quiera que no tengamos que lamentar nunca algo relacionado con este día”⁷⁴.

⁷⁴ AGA, Presidencia, caja (9) 51/20504, documento 1; 51/20510, documento 160.

RESUMEN

El 19 de abril de 1937 un decreto de la Junta Militar del general Franco obligaba a las dos principales fuerzas políticas del llamado bando nacional –carlistas y falangistas– a fusionarse en un nuevo y único partido: FET y de las JONS. Tal unificación no fue aceptada ni por los máximos dirigentes del carlismo ni por las bases de este movimiento político, que siguieron defendiendo sus señas de identidad en los Tercios de Requetés. En Navarra, tras unos meses de dudas y confusión, tampoco llegó a aplicarse dicho decreto unificador, reproduciéndose unos enfrentamientos entre falangistas y carlistas que no habían cesado desde el comienzo de la guerra civil. La aceptación del decreto por la autodenominada Junta Central Carlista de Guerra de Navarra en contra de las directrices de la máxima jerarquía hizo irreconciliables las posturas de la Junta navarra y la Junta Nacional Carlista, liderada por Javier de Borbón Parma y su delegado en España, Manuel Fal Conde. Estos dos dirigentes, opuestos a la unificación, decidieron, a partir de ese momento, reorganizar el carlismo navarro con ayuda de los mandos del Requeté que combatían en los frentes.

ABSTRACT

On April 19, 1937 a decree of the Military Junta of General Franco forced the two main political forces of the so-called national side (Falangists and Carlists) to merge into a new and unique political party: FET y de las JONS. Such unification was not accepted neither by the top leadership of Carlism nor by the basis of this political movement, who continued to defend their identity in the Tercios de Requetes. In Navarre, after several months of doubt and confusion, this decree didn't work either. The clashes between Falangists and Carlists, that not ceased since the beginning of the Civil War, continued. The acceptance of the decree by the self-named Junta Central Carlista de Guerra de Navarra against the guidelines of the highest leadership did irreconcilable the positions of the Navarre Junta and the Junta Nacional led by Javier de Borbon Parma and his representative in Spain, Manuel Fal Conde. These two leaders, opposed to unification, decided since that moment, reorganize the Carlism in Navarre, aided by commanders who were fighting in the Requete along the war fronts.